



Vasili Grossman

Que el bien os acompañe

Traducción del ruso de Marta Rebón



VASILY GROSSMAN

Que el bien os acompañe

Traducción de
Marta Rebón

Epílogo y notas de
Marta Rebón y Ferran Mateo

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Добро Вам*
Traducción del ruso: Marta Rebón

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2019
Segunda edición: junio de 2025

© The Estate of Vassili Grossman, 2019
© de la traducción: Marta Rebón, 2019
© del epílogo y las notas: Marta Rebón y Ferran Mateo, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrific
Depósito legal: B 2956-2025
ISBN: 978-84-10317-97-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

QUE EL BIEN OS ACOMPAÑE¹

1. Publicado con el título *Dobró vam (Iz putióvij zametok)* [Que el bien sea con vosotros (De los apuntes de un viaje)] en el n.º 11 de *Znamia*, revista de la Unión de Escritores de la URSS, en 1988, con edición de Yekaterina Korotkova, hija de Vasili Grossman. Escritos a principios de 1962, estos apuntes de viaje, cuya publicación estaba prevista en la revista *Novi Mir* editada por Aleksandr Tvardovski, no vieron la luz finalmente debido a que el autor se negó a suprimir los pasajes relativos a la cuestión judía. No apareció hasta póstumamente, en 1965, con cortes significativos, en el periódico *Literatúrnaia Armenia* (n.ºs 6-7) y en una antología de obras de Vasili Grossman.

I

Las primeras impresiones de Armenia... Por la mañana, en el tren. Piedras de un gris verdoso, pero no en las montañas ni en los riscos, sino esparcidas en un terreno llano, campos pedregosos. Una montaña ha muerto, su esqueleto se desparramó por el suelo. El tiempo envejeció la montaña, le arrebató la vida, y aquí yacen sus huesos.

A lo largo de la vía férrea se extienden filas de alambre de espino. Tardo un poco en darme cuenta de que el tren circula en paralelo a la frontera turca. Veo una casita blanca y, al lado, un burrito: no es un burro de los nuestros, es turco. No se ve ni un alma. Los *askeri*¹ deben de estar dormidos...

Los pueblos armenios: casas de tejados planos, rectángulos bajos contruidos con bloques de piedra gris. No hay vegetación. Alrededor de las casas no hay árboles ni flores, sino muchas piedras grises dispersas. Las casas no parecen levantadas por manos humanas. A veces la piedra gris cobra vida, se mueve. Son ovejas. También deben de haberlas engendrado las piedras; tal vez se alimenten de migas de piedra y beban su polvo. No hay hierba ni agua, sólo una estepa llana, pedregosa: piedras grandes, punzantes, grises, verdosas, negras.

Los campesinos visten el noble uniforme del pueblo trabajador soviético; chaquetones acolchados grises o negros. Los hombres son como las piedras entre las que viven, de rostro oscuro por su tez morena sin afeitar. Muchos llevan

1. En turco, «soldados».

calcetines blancos de lana por encima de los pantalones. Con los pañuelos grises alrededor de la cabeza, las mujeres se cubren la boca y la frente hasta los ojos. Incluso esos pañuelos son del color de la piedra.

De repente veo a un par de mujeres con vestidos de un rojo brillante, blusas rojas, chalecos rojos, cintas rojas, pañuelos rojos. Todo es rojo: cada prenda de su vestimenta es de un rojo distinto y llama con voz estridente, con su particular voz roja. Son kurdas, sus maridos crían ganado desde hace miles de años. ¿Acaso ésa sea su rebelión roja contra siglos grises entre piedra gris?

Mi vecino de compartimento, capataz de alguna obra, no deja de comparar la paradisíaca fertilidad de Georgia con las piedras de Armenia. Es joven, propenso a la crítica; si la conversación gira en torno al túnel de siete kilómetros de vía férrea abierto en el basalto, mi vecino dice: «*Eso se construyó ya en tiempos de Nicolás II*». Me habla de la posibilidad de comprar dólares o monedas imperiales de oro, me informa del tipo de cambio en el mercado negro. Se nota que envidia a aquéllos que mandan en asuntos de dinero. Luego me habla de un artesano de Ereván que forja coronas con hojas de metal. Resulta que, en la mayor ciudad armenia, asisten, incluso al entierro más modesto, entre doscientas y trescientas personas; y, por lo general, hay casi tantas coronas fúnebres como asistentes. Por lo tanto, este artesano se ha hecho muy rico. El joven me ofrece una granada, la compró en Moscú. El camino de Moscú a Ereván es largo, nuestro país es enorme. Cuando nos subimos al tren en la estación moscovita de Kursk,¹ mi compañero de viaje iba bien afeitado; ahora que nos acercamos a Ereván su cara está cubierta de barba negra.

1. Grossman partió en tren de Moscú el 1 de noviembre de 1961 y llegó dos días después a su destino.

Encima de una montaña que domina Ereván se alza una estatua de Stalin. Dondequiera que se mire sobresale el gigantesco mariscal de bronce. Si un cosmonauta, al aterrizar de un planeta lejano, viera este coloso de bronce que se eleva sobre la capital armenia, entendería al instante qué es: el monumento a un mandatario grandioso y terrible.

Stalin, tocado con una gorra militar de visera, viste un largo capote de bronce y esconde bajo la solapa del abrigo una de sus bronceínas manos. Da un paso, y ese paso es lento, pesado, regular: es el paso del amo, del gobernante del mundo, no tiene prisa. Aglutina dos fuerzas, y esa combinación es extraña y abrumadora. Es la expresión de un poder tan inmenso que sólo un dios puede amasarlo; y es, asimismo, la expresión de un tosco poder terrenal, el poder de un soldado o de un burócrata.

Ese majestuoso dios con su capote es, por supuesto, una excelente obra de Merkúrov.¹ Quizá, la mejor que haya hecho. Tal vez sea, además, el mejor monumento de nuestra época. Es el monumento a una era, la era de Stalin. Las nu-

1. Serguéi Merkúrov (1881-1952), escultor monumentalista armenio y especialista en máscaras mortuorias, fue autor de tres creaciones escultóricas de enormes dimensiones en tiempos de la Unión Soviética, ubicadas en Moscú, en Dubná y en Ereván, esta última descrita aquí por Grossman. Sobre la obra de Merkúrov, el historiador de arte Mijaíl Sokolov dijo que «a pesar de la intención ensalzadora que se esconde detrás de los encargos oficiales, Merkúrov consiguió expresar en ellos el carácter cruel y despótico del gobierno de Stalin».

bes parecen rozarle la cabeza. La figura de Stalin mide diecisiete metros de alto. Junto con el pedestal, suma setenta y ocho metros. Mientras se ensamblaba el monumento y las partes del inmenso cuerpo de bronce yacían en el suelo, los obreros pasaban sin inclinar la cabeza a través de la pierna hueca de Stalin.

Se yergue sobre Ereván, sobre Armenia, se alza sobre Rusia, sobre Ucrania, sobre los mares Negro y Caspio, sobre el océano Ártico, sobre la taiga de Siberia Oriental, sobre las arenas de Kazajistán. Stalin es el Estado.

El monumento se erigió en 1951. Científicos, poetas, honorables pastores, obreros de choque, estudiantes universitarios, escolares y viejos bolcheviques se reunieron junto al pedestal del gigante de bronce. En sus discursos, los oradores hablaron, por supuesto, del más grande entre los grandes, del más genial entre los genios, del más sabio entre los sabios, del querido y amado padre, del maestro. Todas las cabezas se inclinaron ante el amo, el líder, el constructor del Estado soviético. El Estado de Stalin expresaba el carácter del mandatario. Y en el carácter de Stalin se expresaba el carácter del Estado construido por él.

Llegué a Ereván durante el XXII Congreso del Partido Comunista,¹ en los días en que la avenida de Stalin, la más bella de la ciudad, recta, amplia, adornada con plátonos orientales e iluminada de noche por farolas clavadas en el asfalto, fue rebautizada con el nombre de avenida de Lenin.

Mis interlocutores armenios, uno de los cuales estuvo entre las distinguidas personalidades que se encargaron de

1. En este congreso, que se celebró en Moscú entre el 17 y el 31 de octubre de 1961, se debatieron aspectos referentes a Stalin y su legado, como el cambio de nombre de calles y ciudades, y la retirada de sus restos mortales del mausoleo de Lenin en la Plaza Roja. En este congreso, además, se aprobaron los ensayos de la primera bomba termo-nuclear soviética.

inaugurar el monumento, escuchaban con nerviosismo los elogios que yo dirigía al coloso de bronce.

Algunos objetaban con elegancia: «Que el metal destinado a forjar este monumento recupere su noble estado original».

Los otros, sin embargo, criticaban sin tapujos a Stalin, lo maldecían no tanto por los terrores y asesinatos cometidos en 1937 como por su nulidad: ignorante, fanfarrón, advenedizo.

Todos mis intentos de decir algo del papel que desempeñó Stalin en la creación del Estado soviético resultaron inútiles. Mis interlocutores no querían atribuirle ni una pizca de mérito en la construcción de industrias pesadas y superpesadas, en la dirección de la guerra o en la organización del sistema estatal soviético. Para ellos, todo se había realizado a pesar de él, contrariamente a él. Manifestaban una falta de objetividad tan evidente que sentí nacer dentro de mí el impulso involuntario de defender a Stalin. Esa absoluta falta de objetividad era comparable únicamente a la que esos mismos individuos debían de haber manifestado en vida de Stalin venerando con vehemencia su inteligencia, voluntad, amplitud de miras y genio. Creo que la adoración histérica de Stalin, así como el rechazo total y categórico de su figura, hunden sus raíces en el mismo suelo.

Mientras escuchaba a mis interlocutores de Ereván reconocía rasgos que ya había encontrado entre muchos rusos. Es obvio que la bondad, la razón y la nobleza de espíritu no son las únicas cualidades humanas inherentes a los pueblos. La taimada pusilanimidad también es característica del hombre, se encuentra tanto en el norte como en el sur, hermana a rubios y morenos, a pueblos, razas y tribus.

La tarde del 7 de noviembre de 1961, junto con dos conocidos de Ereván, subí a la montaña donde se encuentra el monumento a Stalin. El sol se ponía. Nos sentamos en un pequeño restaurante y contemplamos las nieves rosadas del monte Ararat. Hablamos de Stalin. Nos sirvieron un pesca-

do muy salado y desabrido; quizá por ello mis acompañantes se mostraron especialmente cáusticos.

Cuando anocheció, retumbaron las salvas en honor del 44.º aniversario de la Revolución de Octubre. Mis compañeros no interrumpieron su conversación salpicada de palabras georgianas: *Soso*¹ y *mama dzoglu*, que significa «hijo de puta»...

Me acerqué a la estatua en la oscuridad. La estampa que presencié fue realmente impresionante. Decenas de piezas de artillería estaban dispuestas en semicírculo alrededor del pedestal del monumento. Con cada salva la larga estela de fuego de los cañones iluminaba las montañas de los alrededores y la gigantesca figura de Stalin emergía súbitamente de la oscuridad. Un humo incandescente y luminoso se arremolinaba alrededor de los pies de bronce del Amo. Era como si el generalísimo comandara por última vez su artillería. El fuego y los truenos hendían la negrura, cientos de soldados se arremolinaban junto a los cañones y, de nuevo, silencio y oscuridad; luego volvían a retumbar las voces de mando y de pronto el terrible dios de bronce con su capote surgía de entre la penumbra de la montaña. No, es imposible no atribuirle lo que le pertenece por derecho propio: ese instigador de un sinfín de crímenes inhumanos también fue el líder y el constructor despiadado de un Estado grande y terrible.

No se le podía despachar con un simple *mama dzoglu*. «Hijo de puta» no es un título más apropiado para él que el de «padre y amigo de los pueblos».

Algunos funcionarios del comité del Partido de Ereván me contaron que, durante la asamblea en una granja colectiva de una aldea del valle de Ararat, en respuesta a la propuesta de quitar el monumento a Stalin, los campesinos declararon: el Estado recolectó cien mil rublos nuestros para erigir esta estatua y ahora quiere destruirla. Destruyanla,

1. Diminutivo del nombre georgiano de Stalin, Ioseb. Por ese nombre también lo llamaban sus amigos íntimos.

como gusten, pero devuélvannos nuestros cien mil rublos. Un anciano planteó que retiraran la estatua pero que, en lugar de destruirla, la enterraran. «Quién sabe. Si algún otro gobierno llega al poder, quizá esa estatua sea de utilidad. Así no tendremos que desembolsar dinero otra vez».

Qué aterrador es que la afirmación del Estado estalinista llegue en forma de protesta, por parte de sus líderes, contra el propio Stalin. Y que el espíritu de rebelión adopte la forma de afirmación de Stalin: uno de los más terribles malhechores de la Historia.

A las siete de la tarde, en el tranquilo pueblo de montaña de Tsajkadzor, a sesenta kilómetros de Ereván, no hay ni un alma en la calle. Tsajkadzor cuenta con su propio loco, el viejo Andreas, de setenta y cinco años. Dicen que se trastornó durante los asesinatos en masa de armenios perpetrados por los turcos: ante sus ojos mataron a miembros de su familia. Dicen que, cuando era joven, Andreas sirvió en el ejército zarista, en el destacamento de Andranik baja,¹ líder partisano y general del ejército ruso venerado por los campesinos armenios que hace poco murió en Estados Unidos. El año pasado falleció la mujer de Andreas, una mártir que compartió su vida con un chiflado. Cuando vivía, él le pegaba, pero, al morir la vieja, no permitía que la enterraran: la abrazaba, la besaba, trataba de hacer que su querida amiga muerta se sentara a la mesa, quería darle de comer. Nadie se atrevía a acercarse a ese viejo loco empecinado en creer que su mujer seguía viva.

1. Andranik Ozanian (1865-1927), militar y héroe nacional armenio, una de las figuras clave del movimiento revolucionario del país. Durante la Primera Guerra Mundial, lideró las unidades de voluntarios armenios del ejército imperial ruso contra los otomanos. Tras desavenencias con los líderes políticos de la recién fundada República de Armenia, se estableció en 1922 en Estados Unidos, donde ayudó a sus compatriotas emigrados.

Ahora Andreas vive solo en una pequeña casa de piedra. Tiene dos ovejas que rebosan un amor candoroso por él; no ven nada extraño en su locura, en sus cantos nocturnos, en sus ataques de ira y de desesperación, en sus lágrimas o en su silencio.

Siempre que alguien menciona en su presencia a Andranik bajá, Andreas llora. Desde los tiempos de Shakespeare es probable que no haya habido una figura que se adapte mejor al personaje del viejo y loco Lear que Andreas. De estatura mediana, ancho de espaldas, un poco corpulento, probablemente aquejado de un edema, vestido con una chaqueta de abrigo rústica bastante rota, sombrero de piel de cordero en la cabeza y un bastón grande y nudoso en la mano, deambula por las callejuelas empinadas de Tsajkadzor con andares majestuosos, tristes y cenicientos. Lleva un ancho sombrero del que despuntan algunos rizos grises y canos que cubren su cabezota. En cuanto a su cara, haría deponer el pincel a Rembrandt: «Aquí no tengo nada que hacer, la naturaleza ya lo hizo todo por mí». Y, en efecto, es un rostro que se presta más a la cámara fotográfica que al pincel. Andreas tiene una frente leonina, cejas pobladas y prominentes, pliegues profundos alrededor de la boca, nariz grande, mejillas flácidas como el mariscal de campo Hindenburg y unos ojos saltones grises y amarillentos, encendidos y apagados al mismo tiempo. Hay bondad y fatiga en esa mirada, una rabia indómita y una angustia terrible, una mente reflexiva y la furia de la locura.

Los habitantes de Tsajkadzor compadecen a Andreas. El astuto y precavido Karapet-agá,¹ repatriado de Siria que cambió el digno cargo de propietario de una taberna en Alepo por el de gerente de una cantina-chiringuito en Tsajkadzor, siempre invita a Andreas. Agasaja respetuosamente al viejo, y éste, a pesar de su orgullo y desconfianza general,

1. Tratamiento que se coloca detrás del nombre de la persona que, por sus actos y sabiduría, es merecedora de respeto.

nunca se ofende por la generosidad de Karapet y come a gusto su *jash*, un caldo caliente monstruosamente calorífico a base de gelatina de ternera y ajo. A veces Karapet-agá ofrece un vasito de licor a Andreas. Éste se lo atiza, entona una canción de guerra sobre Andranik bajá y llora.

El pastor Jachik lleva a pastar las ovejas de Andreas a las montañas sin pedirle dinero a cambio. Siranush, la vecina, a veces alimenta la estufa del viejo con *kiziak*¹ y le caldea el cuchitril de piedra. En una ocasión presencié la ira de Andreas. Imprecaba en armenio, pero, sirviéndose del sucio fuego de los insultos rusos, llevaba las maldiciones en su lengua a un estado incandescente.

Pronto descubrí qué había causado su rabia. De noche, por orden del comité del Partido, habían quitado de la plaza del pueblo la dorada estatua de yeso de Stalin.

Cuando Andreas lo descubrió, una ira terrible se apoderó de él. Blandía el bastón, se abalanzaba sobre los conductores y los niños, sobre Karapet-agá y los estudiantes de Ereván llegados al pueblo para esquiar.

Para Andreas, Stalin era quien venció a los alemanes. Y los alemanes eran aliados de los turcos. Por lo tanto, quienes habían destruido su monumento debían de ser agentes turcos. Y los turcos mataron a mujeres y a niños armenios, ejecutaron a viejos armenios y exterminaron bárbaramente a personas pacíficas e inocentes: campesinos, obreros y artesanos. Mataron a escritores, científicos y cantantes. Los turcos asesinaron a la familia de Andreas, destruyeron su casa y liquidaron a su hermano. Los turcos mataron tanto a ricos comerciantes como a indigentes armenios; trataron de aniquilar al pueblo armenio. Contra los turcos combatió el gran general ruso Andranik bajá. Y el comandante en jefe del ejército ruso que derrotó a los poderosos aliados de los turcos fue Stalin.

1. Estiércol seco prensado que se utiliza como combustible.

Todos en el pueblo se reían de la furia de Andreas, pues confundía dos guerras: la Primera Guerra Mundial y la Segunda. El viejo loco exigía que se devolviese la estatua dorada de Stalin a la plaza de Tsajkadzor, porque Stalin, al fin y al cabo, aplastó a los alemanes y venció a Hitler. Todos se reían del viejo: él estaba loco, y la gente a su alrededor, no.

Aunque parezca sorprendente, muchos armenios tienen el pelo rubio y los ojos grises o azules. Vi a niños rubios en el pueblo, así como a una encantadora pequeña de cuatro años llamada Ruzana con los ojos azul cielo y la cabecita dorada. Vi a hombres y mujeres con rostros de una belleza clásica, antigua, óvalos perfectos, pequeñas narices rectas y ojos almendrados de color azul. Vi a armenios con los pómulos marcados, las narices chatas y los ojos ligeramente rasgados; vi a otros con las caras alargadas, puntiagudas, y de nariz aguileña, enormes, picudas. Vi a personas cuyo pelo era tan negro que casi parecía azul, con ojos oscuros como el carbón; vi labios finos de jesuita y gruesos labios abultados de africano. Sin embargo, entre esta enorme variedad de fisonomías, está el armenio por antonomasia, el que representa el tipo nacional.

Y es difícil decir qué es más sorprendente, si la diversidad o esa obstinada persistencia del tipo nacional.

No obstante, ¿cómo surgieron esos desvíos de los rasgos armenios que se consideran arquetípicos?

Esta variedad, supongo, refleja miles de años de conquistas e incursiones, de cautiverios y contactos comerciales y culturales. En ella, se advierten reflejos de los pueblos con los que los armenios entraron en contacto: los griegos antiguos, los temibles mongoles, asirios, babilonios, persas, turcos y eslavos. Los armenios constituyen una nación ancestral, con miles de años de cultura e historia, superviviente de muchas guerras. Son un pueblo viajero, una nación que du-

rante siglos ha soportado el yugo de los invasores, que ha luchado por conquistar la libertad para caer de nuevo en la esclavitud. ¿Acaso esto explica las narices chatas mongoles, los ojos azules griegos, el pelo azabache asirio y los ojos persas negros como el carbón?

Es curioso que toda esta amalgama de rostros claros y oscuros, de ojos azules y negros, sea particularmente visible en el campo, en pueblos con un estilo de vida hermético y patriarcal. Allí, esta diversidad no se explica por acontecimientos recientes. El espejo que nos muestra la cara de la actual Armenia lo ha pulido la profundidad del tiempo.

Lo mismo se puede decir no sólo de los armenios, sino también de los rusos y sobre todo de los judíos. No hay uniformidad en los rostros rusos: los hay con ojos grises o azules, con narices respingonas y pelo muy rubio, con narices aguileñas; los llamados *gitanos*, con ojos oscuros propios del sur y de rizos negros como el betún; o bien caras con pómulos prominentes, ojos rasgados como los mongoles y narices chatas. ¿Y qué decir de los judíos? Los hay morenos, de nariz ganchuda o respingona, de tez oscura, de ojos azules y rubios: rostros asiáticos, africanos, españoles, alemanes, eslavos...

Cuanto más larga es la historia de un pueblo, cuantas más guerras, invasiones, vagabundeos y cautiverios ha conocido, mayor es la variedad de sus rostros. A lo largo de siglos y milenios los vencedores han hecho noche en las casas de los vencidos. Esta diversidad es el relato de los corazones enloquecidos de mujeres que murieron hace miles de años, de las pasiones de ardientes soldados embriagados por la victoria, de la ternura prodigiosa de algún Romeo forastero hacia alguna Julieta armenia...

En Ereván, así como en aldeas y pueblos de montaña o de meseta, encontré a toda clase de gente. Conocí a armenios científicos, médicos, ingenieros, constructores, viejos revolucionarios, funcionarios del Partido, artistas y periodistas. Vi los cimientos, la raíz de un pueblo con miles de años. Vi a campesinos, viticultores, pastores; vi a albañiles, asesinos, jóvenes modernos, deportistas, radicales y oportunistas; vi a necios indefensos, coroneles del ejército y pescadores del lago Seván.

Detrás de cada profesión descubrí temperamentos: autoritarios, directos, astutos, tímidos, ruines, dulces, prácticos... Vi a viejos campesinos que entre sus dedos color canela deslizaban las cuentas de un rosario de ámbar; casi un siglo de inmenso trabajo entre las rocas de basalto no los había exasperado ni embrutecido; una suave sonrisa curvaba sus labios, les brillaban los ojos con alegría.

Oh, Dios mío, qué cantidad de guerreros, caballeros, pensadores, ladronzuelos, mercachifles, poetas, constructores, astrónomos y predicadores. Vi a físicos, presidentes de granjas colectivas, ingenieros que levantaron puentes.

Y de pronto me acuerdo de la caricaturización habitual de los armenios, de los chistes tontos y subidos de tono del repertorio ruso. ¡Sí, por supuesto, los armenios son primitivos! Son pederastas y estafadores, los personajes ridículos de esos chistes. Hay para dar y tomar: «Karapet, pobrecillo, ¿por qué estás tan amarillo?». Sí, claro, los soviéticos nos reíamos de esos chistes de Radio Arme-

nia.¹ «Dígame, por favor, Karapet...». Una y otra vez, con una sonrisita burlona, se pronunciaban estas palabras: «Nuestro profesor es armenio, ¿sabe?». O bien: «¡Imagínese, se ha casado con un armenio de medio pelo!».

Es triste que la mayor literatura del mundo y sus exponentes hayan contribuido a la despreciable empresa de reforzar el estereotipo del armenio como buhonero, lascivo y corrupto.

¿Por qué la literatura rusa ha recurrido a ese cliché, por qué ha inculcado ese odio obtuso y chovinista?

Ahora, después de Hitler, se ha revelado en toda su magnitud lo importante que es examinar la cuestión del nacionalismo, del desprecio y de la arrogancia nacionalistas.

Qué distancia hay entre los armenios caricaturescos de esos chistes y la multitud de armenios reales: campesinos, soldados, científicos, médicos e ingenieros, cada uno de ellos con sus complicaciones y singularidades.

¿Qué une a una diversidad de individuos en un solo carácter nacional?

Por muy diferentes que sean los individuos, hay ciertos puntos en común inherentes a ellos: el carácter nacional. En cada una de estas personas, tan diversas y singulares, hay un matiz, un color de carácter nacional.

He hablado con muchos cientos de personas, todas ellas con sus intereses, pasiones, penas, esperanzas, con su destino, con sus amigos y enemigos... ¿Qué tienen en común la vida, el destino, la pena y la esperanza de un viejo pastor que vive en el monte Aragats y de una joven doctoranda que echa de menos a su novio de Moscú, escribe una tesis sobre literatura francesa del siglo XVIII y anhela comprarse una pelliza

1. Los conocidos como chistes de Radio Armenia fueron muy populares en la Unión Soviética como medio para divulgar chistes políticos. Con un formato de pregunta-respuesta, se hacían pasar por consultas reales de la audiencia a un programa de la radio pública de Armenia.

sintética? Pero, así como los miles de arroyos que corren entre bosques, rocas de montaña y arenas de desierto —ya sean silenciosos y absortos, rugientes y espumosos, transparentes y turbios— resulta que brotan del mismo profundo manantial subterráneo y tienen un mismo origen y una misma composición salina, de igual manera este millón de tipologías y destinos humanos está unido por miles de años de historia armenia, por la tragedia compartida que tocó en suerte a quienes vivían en la Armenia turca, por la nostalgia de las tierras perdidas de Van y Kars.¹

Hablemos de lo esencial.

Lo que constituye el carácter de una nación es la suma de caracteres individuales; por eso, todo carácter nacional es, en esencia, carácter humano. Y la afinidad y el parecido existentes entre todos los caracteres nacionales del mundo se deben vincular a un único sustrato humano.

La base del carácter nacional es la naturaleza humana. Un carácter nacional es un matiz, un color de la naturaleza humana, su forma cristalizada.

La relación entre personas de nacionalidades diversas enriquece la convivencia humana y la hace más colorida. Pero la condición necesaria para ese enriquecimiento, la primera, la principal, es la libertad.

¡Qué riqueza tan beneficiosa y fructífera aportan a la gente los contactos con personas de otras naciones si se dan en libertad!

1. Con la firma del tratado de Kars en 1921 entre Turquía y representantes de las repúblicas soviéticas de Armenia, Azerbaiyán y Georgia y de la RSFS de Rusia, se devolvieron oficialmente a Turquía la mayoría de los territorios turcos conquistados y anexionados por Rusia desde la guerra ruso-turca de 1877-1878, entre ellos las ciudades de Van y Kars. Para muchos armenios, que habían esperado la creación de la gran Armenia perfilada en el Tratado de Sèvres (1920), la pérdida de estos enclaves se consideró una catástrofe nacional. Los emblemas espirituales del pueblo armenio (entre ellos el monte Ararat) estaban ubicados en el área cedida a Turquía.